



HELOISA.



IMPOSIBLE fuera hablar de Heloisa sin referir la historia de Abelardo : tan estrechamente los enlazó durante su vida el vínculo de un indestructible afecto, que la muerte misma no ha podido separarlos; y así vemos hoy las efigies de entrambos reclinadas sobre el sepulcro una al lado de la otra en el cementerio de París llamado del Padre Lachaise. — ¿Quién de ellos precipitó al otro en su gloria? — Problema es ese aun no resuelto. Unos han hecho de Abelardo un genio universal y sobrehumano, presentándonoslo como gramático, teólogo, matemático, astrónomo y jurisconsulto eminente; como el primero de los oradores, de los filósofos, de los poetas y de los músicos de su tiempo, como si en su persona se hubieran reunido y amalgamado las entidades de Ciceron y Antinoo, de Petrarca y de Schubert; y en fin, como príncipe de la juventud por su elocuencia, ídolo de las mugeres por su belleza, y á todos los corazones sensibles simpático por sus canciones á que llaman odas. Otros, por el contrario, y no sin visos de razon, no ven en Abelardo mas que un alambicado sofista, sutil argumentante, mediano poeta, orador sin inspiracion, superficial erudito, y

teólogo de contrabando que, á no ser por el tierno amor y eminentes dotes de Heloisa, á quien debe todo el brillo de su vida, seria hoy como otros muchos de sus contemporáneos completamente ignorado del mundo. La verdad es que, en efecto, la singular hermosura de Heloisa, su vasto ingenio, el conocimiento que poseía de los idiomas hebreo, griego, y latino, y hasta la alta nobleza de los Montmorency, de cuyo linage es fama que descendía, reflejaronse naturalmente sobre el feliz mortal que mereció su preferencia, y han hecho de él un personaje célebre. Por mi parte, pesadas las cenizas de ambos, y hallando mas ligeras las de Abelardo, declárome contra él, y parcial de Heloisa, por razones que expondré en las páginas siguientes.

Nació Pedro Abelardo el año de 1079, en el lugar de Palais á tres leguas de Nantes, de Berenguer y Lucia, ambos de ilustres familias de aquella tierra, y ambos igualmente piadosos, pues luego que hubieron provisto á la educacion y establecimiento de sus hijos, así varones como hembras, retiráronse cada cual á un convento, y acabaron uno y otro en religion la vida. Literato en su juventud y soldado en su edad madura, Berenguer dirigió en igual sentido la educacion de sus hijos, esmerándose en la de Abelardo, su primogénito y predilecto, como el interesado mismo nos lo dice. Preparábase pues el mancebo al ejercicio de las armas, con el estudio de las humanidades, haciendo en ellos rápidos progresos que modestamente atribuye á la natural viveza y claridad del ingenio breton; y de tal modo le cautivó la ciencia que, como él mismo lo escribe, « cuanto mas sensibles eran sus adelantos, tanto mas al estudio se aficionaba, hasta que de ellos ardientemente apasionado y cediendo á sus hermanos así la gloria de las armas, como sus derechos de primogenitura, sacrificó Marte á Minerva. » — Lleno, pues, de literarias ilusiones, abandonó Abelardo su pais natal á la edad de diez y seis años, y en busca de tesis y con ilusiones púsose á recorrer el mundo, deteniéndose do quiera que con dialécticos argumentantes tropezaba, para trabar con ellos aquellas ardientes luchas de silogismos y disertaciones, á que debieron las aulas de la edad media su animacion y su celebridad. En honor de la verdad sea dicho: Abelardo asombró mas de una vez á su auditorio por los brillantes destellos de su fácil talento, porque, realmente su ingenio era flexible, agresivo, y á la contradiccion y sutilezas inclinado.

Al cabo de cinco años de filosóficas correrías y literarias aventuras nuestro científico andante se mostró en París, ya entonces uno de los centros del mundo intelectual, merced al impulso que debió á Carlo Magno, y que desde tan remota época hasta el dia no ha cesado de producir sus naturales beneficiosos efectos. De todas partes de Europa acudia ya la juventud á buscar en la capital de Francia una instruccion que comprendia todos los ramos del saber humano, y las bellas artes señaladamente; y entre los profesores que mas se distinguian en aquel científico teatro, brillaba conspicuo Guillermo de Champeaux, cuyas lecciones siguió Abelardo durante algun tiempo. No fué mucho sin embargo, ni menos de manera que el maestro pudiera alabarse de su discípulo: antes por el contrario, presto nuestro audaz Breton, declaróse rival y antagonista del hasta entonces universalmente venerado profesor. — « Traté, nos dice Abelardo, de refutar algunas de sus proposiciones, arguyéndole á veces de manera que mi superioridad quedó evidente; lo cual enojando á muchos de sus mejores discípulos, que no pudieron soportar el triunfo de un mancebo como yo, mas jóven y menos docto que su maestro, fué el origen de todos mis infortunios. La envidia iba creciendo y envenenándose contra mí, á medida que mi fama haciéndose notoria. »

Elevado á su vez al magisterio, estableció Abelardo su primera escuela en la ciudad de Melun (1), que la corte solia entonces visitar con frecuencia, y donde el éxito de sus lecciones fué tal que los antiguos profesores se vieron por el nuevo eclipsados: mas ni aun se dió por satisfecha la ambicion del altivo jóven, que aspiraba nada menos que á dominar en París. Allí, empero, Guillermo de Champeaux tenia, cuando menos, todas las ventajas de la posesion y de la antigüedad; hubo pues Abelardo de limitarse por el momento á aproximarse á la capital, estableciéndose como lo hizo en Corbeil (2). Debilitada su salud, al cabo de algun tiempo por el exceso del trabajo mental, fuéle forzoso retirarse á recuperarla, respirando el aire natal en Bretaña; mas pocos años después reapareció en la escena con nuevo vigor, y mas ardiente espíritu que nunca, y como nunca tambien encarnizado contra Guillermo á quien, segun dice, obligó á re-

(1) Distante unas ocho ó nueve leguas de París. (N. del T.)

(2) Dista unas seis leguas de París. (N. del T.)

tractarse en mas de un punto importante. Como quiera que eso fuera, el hecho es que, recogidos nuevos lauros en Melun, trasladóse al cabo á Paris, estableciendo su escuela — mejor dijéramos acaso sus *reales* — en el monte de Santa Genoveva.

Era Abelardo, nos dice uno de sus contemporáneos, un verdadero Ismael : contra todos estaba armada su diestra, y contra él tambien las de todos. Háblanos él solamente de sus triunfos, en la carta donde refiere la historia de sus desgracias : pero escritores mas desinteresados nos cuentan tambien algunas de sus derrotas, entre las cuales merece mencionarse la que le hizo sufrir cierto escolar llamado Goswin, cuya lógica concisa pero indestructible, redujo á silencio la facundia de Abelardo, que apenas pudo responderle balbuciente. Sin embargo, nuestro orgulloso Breton aplicábase á sí mismo cierto verso de Ovidio, en el cual, no recuerdo qué guerrero, da cuenta de sus victorias.

Satisfecho de sí propio y de sus triunfos en la dialéctica, resolvió Abelardo entonces dedicarse al estudio de la teología, y al efecto trasladóse á Laon, á fin de oír las lecciones del profesor Anselmo, célebre entonces como profesor de las divinas letras. — Pero ¡con qué fatuidad y presuncion nos habla el discípulo de aquel su nuevo maestro! Oigámosle : « Me he hallado, dice, en resúmen, con un viejo que debe su fama, no al genio, sino á la experiencia. Quien en sus dudas le consulta, queda con la respuesta mas dudoso que antes. Su lenguaje es maravilloso, pero carece de sentido y de razon. La llama que enciende, en vez de iluminar confunde con el humo que despide. Es un árbol de profuso follage revestido, que encanta visto de lejos, mas que de cerca examinado se encuentra sin fruto. Para mí es la higuera estéril que el Señor maldijo, ó bien la decrepita encina con la que Lucano compara á Pompeyo en su infortunio :

. Stat magni nominis umbra,
Qualis frugifero quercus sublimis in agro.

Como se comprende, ni tal maestro podia dejar de ser vencido por tan altivo discípulo, ni era tampoco posible que se vengara de otro modo que persiguiéndolo.

Abelardo regresó á Paris cargado de laureles y mas amante que nunca

de la discusion pública, y de las luchas orales ; á poco obtuvo en fin la cátedra llamada del *Claustro de Nuestra Señora* (en la Catedral) ; y tuvo la satisfaccion de que hasta del fondo de la Alemania acudiesen los escolares á oírle y admirarle. Hallábase á la sazón, en efecto, en la plena madurez de su edad, pues contaba ya 38 años de vida, y en la de su talento igualmente : eran afables sus maneras, eufónica su voz, fácil, animada y epigramática su palabra, reunia en fin cuantas dotes se requieren para fascinar la juventud. Verdad es que no aprendian con él gran cosa sus discípulos, pero aficionábansele, y su afecto esmerábase á un tiempo en enriquecerle, y popularizar su nombre.

Entonces, en el apogeo y embriaguez de sus triunfos, fué cuando comenzaron sus relaciones con Heloisa, viéndose su orgullo, como candidamente lo confiesa, en el mas apretado lance de cuantos imaginarse pueden. Dejemos al interesado mismo referirnos tan dramático episodio de su vida.

« Habia en Paris una jóven llamada Heloisa, sobrina del canónigo Fulberto quien, amándola tiernamente, atendió á su educacion con notable esmero. No de las últimas en las gracias personales, era Heloisa de las primeras por la cultura del entendimiento ; y por lo mismo que el estudio de las humanidades es raro en su sexo, distinguiase ella notablemente por su saber y alcanzaba gran celebridad en el reino. Cuanto puede cautivar la imaginacion de un hombre, se me ofreció reunido en aquella jóven, de cuyo corazon me prometí la conquista, porque sobre estar yo entonces en toda la flor de mi juventud y belleza, era tal mi nombradía, que no debia temer un desaire de muger alguna en quien pensar me dignara. Con respecto á Heloisa, además, militaban á mi favor de una parte su aficion á las bellas letras así como su vasta instruccion, y de otra la correspondencia ya entre nosotros entablada, y en la cual osé explicarme mucho mas terminantemente que de palabra me atreviera á hacerlo. Abandonándome, pues, á la pasion, ocupéme desde entonces en arbitrar medios para ver á Heloisa familiar y frecuentemente, lo cual logré interesando la codicia y el deseo de completar la instruccion de su sobrina, en el canónigo Fulberto. Vivía este en la vecindad de mi escuela ; hicele proponer por medio de algunos amigos comunes que me recibiera en su

casa en calidad de huésped, á cualquier precio, pretextando la incompatibilidad de mis ocupaciones literarias con los cuidados del hogar doméstico, y los excesivos gastos á que en consecuencia me veía obligado; y en efecto, por las dos razones que ya dije, prestóse el canónigo á mis deseos, y aun á ellos se adelantó confiándome la direccion de los estudios de Heloisa, á quien me hacia dar lecciones de dia y de noche, aconsejándome siempre que su ardor por el estudio estimulase.

Confieso que no me sorprendió mas tal candidez que si la custodia de algun inocente cordero confiase el canónigo á un hambriento lobo. Confiándome aquella encantadora jóven para instruir la y *corregirla* en caso necesario, ¿ que hacia, en efecto, mas que poner en mis manos la codiciada presa, y proporcionarme la ocasion, aunque en ello yo antes no pensara, de obtener con amenazas y golpes, lo que á conseguir no alcanzaran mis caricias? — Pero Fulberto estaba tranquilo, ya por el grande amor que á su sobrina tenia; ya por la fe que mi reputacion de hombre virtuoso supo inspirarle. »

Heloisa que, contando entonces solos dieciocho años, estaba dotada de una imaginacion viva, de un espíritu tan ardiente como curioso, y de un corazon capaz de perseverantes desinteresados afectos, dejóse fácilmente fascinar por Abelardo, y cediendo al mágico ascendiente que este sobre ella ejercia, llegó, por decirlo á sí, á no pertenecerse á sí misma; llegó, segun en sus cartas nos dice, á tal estado que por agradarle fuera capaz de mudar de corazon como quien cambia de vestido. Amándole por él y no mas, considerándole como á un Dios, Heloisa estaba siempre dispuesta á sacrificárselo todo, su dicha como su fama, su bienestar como su vida: mas Abelardo, incapaz de comprender la sublime abnegacion de aquella muger, á un tiempo superior y frágil, simultáneamente heroica y delicada, en vez de participar de los generosos sentimientos de tan noble corazon, ni supo, ni pudo, ni quiso elevarse sobre la prosáica esfera del sensualismo á la poética region de una amistad platónica. Así, mas tarde, se lo echa en cara la misma Heloisa, escribiéndole: « No buscásteis mas que la satisfaccion de los sentidos; el amor no acertó á cautivaros. Y esa no es solamente mi opinion particular, sino la de todo el mundo. ¡ Pluguiera á Dios que yo sola pensara así; al menos que pudiera imaginar

circunstancias capaces de disculparos y de cohonestar mi abandono! »

Con todo eso y á pesar del egoismo de que tan claramente le acusa, Heloisa no acertó á resistir á la tentacion continua del frecuente y familiar trato con un hombre ilustre; mientras que Abelardo luchaba hasta cierto punto con su pasion, ya por verguenza de aparecer vencido por femeniles encantos, ya por temor de perder su fama de virtud, ya tambien acaso previendo que su brillante porvenir comprometia. Mas ¿ quién oye la voz de la razon cuando tan alto hacen oír la suya los sentidos? — « Rendido estaba á mi pasion, dice Abelardo, hasta el punto de no hacer ya caso de la filosofía ni de mis estudios. Nada me era tan odioso como acudir á mi cátedra y permanecer en ella; mi negligencia, mi enervacion eran tales que, no hallando ya medio de improvisar, tenia que valerme de la memoria, y repetir pasadas lecciones de mis oyentes conocidas. Si algo nuevo se me ocurría eran tiernas endechas, no filosóficos secretos. » — Verdad es: las poesias á que Abelardo alude, ricas de ternura y de estilo graciosas, y cantadas además en armónico suave ritmo, extendiéronse presto por la Francia, llenándola de la fama de los encantos de Heloisa.

Los oyentes, empero, de Abelardo, no habian menester ni su confesion ni sus versos, para estar al cabo de la tempestad en su corazon desencadenada: bastándoles y sobrándoles para ello comparar al profesor eminente, que poco antes los tuviera como encadenados al pié de su cátedra, con el triste mortal que estaban viendo por la pasion despojada de su elocuencia y de su ingenio. Tal metamorfosis desesperaba á los amigos de Abelardo; mas á sus discípulos, gente como toda la estudiantil mas alegre que misericordiosa con las flaquezas del prógimo, inspiróles la decadencia del profesor un raudal de canciones cruelmente satíricas, que repetidas no muy tarde por la ciudad entera, llevaron al fin á los oídos del canónigo la fulminante nueva de la deshonra de su sobrina, y del alevé abuso de confianza de su huésped. La paternal ternura con que á Heloisa amaba, la opinion de virtud en que á Abelardo tenia, cegaron largo tiempo á Fulberto; y de tal manera le cegaron, que la voz pública misma no consiguió sino á duras penas hacerle abrir los ojos. Abriólos, sin embargo; abriólos aunque tarde; y moderado todavia á pesar de su dolor intenso

y de su justa ira, limitóse en el primer momento á arrojar de su casa, prohibiéndole que á pisarla volviera, al seductor que alevemente se la habia deshonrado. ¡Moderacion inútil! ¡Remedio ya intempestivo! Heloisa no podia separarse de su maestro, á quien de otro modo llamaba ya... Abelardo tuvo que hacerla partir secretamente para la Bretaña; y la infeliz hermosura que permanecer en aquel país algunos meses.

« Cuáles fueron entonces el furor, la pena, y la vergüenza de Fulberto, es imposible imaginarlo. No sabia ni qué hacer conmigo, ni qué asechanzas, ni qué lazos tenderme. Matarme ó maltratarme gravemente no lo osaba por temor de herir en el corazon á su amada sobrina; apoderarse de mi persona y secuestrarla en un encierro, bien lo quisiera; mas no podia, porque yo me guardaba, sabiendo que una vez en sus manos, no debia esperar misericordia. Al fin, movido yo á compasion de sus angustias, y reconviniéndome á mí mismo de la indigna traicion que con el canónigo habia cometido, fuile á buscar con súplicas de arrepentimiento, y promesas de darle la reparacion que exigir quisiera; llegando, para desarmarle por completo, hasta á ofrecer que me casaria con Heloisa, tarde ó temprano, con tal de que fuera en secreto y de modo que mi reputacion no padeciese. Vino en ello Fulberto, empeñóme su palabra, y separámonos abrazándonos y besándonos en señal de reconciliacion. »

Partió entonces Abelardo á la Bretaña en busca de Heloisa, y con ánimo de unirse á ella: mas la apasionada jóven lo repugnó, tanto por presumir que tan tardía reparacion no bastara á satisfacer á su tio, cuanto por ver en aquel matrimonio su propia humillacion y el desdoro de su amante. — « Va, pues (decia), á eclipsar en los vulgares afanes de la vida doméstica el brillo de su elevado ingenio hoy luminar del siglo y de la Iglesia! — ¡Va, con deplorable sacrificio, á rehusarse á todos para entregarse á mí! — Un filósofo no debe casarse. ¿Qué hay de comun entre el estudio y el tocador; entre la pluma y el huso? ¿Cómo puede el hombre abismado en religiosas ó filosóficas meditaciones soportar el acompasado vaiven de la cuna, los soñolientos estribillos de la nodriza, el tumulto indiscreto de los criados, y los enojosos cuidados que los niños requieren? » Hasta del recuerdo de lo infinito que á Sócrates mortificó Xantipa, llegó

Heloisa á valerse para disuadir á Abelardo de su empeño; mas obstinándose él, hubo ella de ceder mal que le pesara.

« Volvimos, pues, á Paris, prosigue Abelardo, y á pocos dias, previa una noche entera de oracion en la iglesia, recibimos en ella al despuntar el alba la bendicion nupcial, en presencia de Fulberto, y de algunos de sus amigos y de los míos. Terminada la ceremonia retirámonos cada uno por su lado, y de allí adelante, para que el matrimonio quedara secreto, vivimos poco y eso furtivamente. Mas Fulberto y sus criados, quebrantando la promesa que me hicieran, divulgaron mi casamiento; lo cual dió ocasion á que Heloisa, inmolando su fama á mi porvenir, y queriendo dejarme expedito el camino á las dignidades eclesiásticas, jurase que era falso cuanto decia su tio. Irritado este con aquella generosa impostura que su nombre deshonraba, comenzó á tratar severamente á su sobrina; y yo entonces, informado de ello, condújela á Argenteuil, lugar á Paris vecino, al Monasterio de Religiosas en que habia pasado sus primeros años. Yo mismo le di todo el hábito, menos el velo. »

Así desapareció Heloisa del siglo, en obediencia no á la vocacion divina sino á la voluntad egoista de Abelardo, objeto entonces, sin embargo, y después, y siempre, de toda su ternura como de todos sus pensamientos. — « Mi corazon, le escribia quince años mas tarde, no está conmigo, sino con vos, y sin vos estar no puede. Pésame de mi hipocresía; porque siempre he temido mas que ofender á Dios el ofenderos, y mas procuré agradaros que agradarle á él. Vuestras órdenes son, y no un divino llamamiento, las que al monasterio me han traído. »

Pronto una trágica peripecia hizo sentir á Abelardo que con el retiro de Heloisa no habia hecho mas que envenenar y acrecer el odio de sus enemigos. Una noche, abierta su casa por traicion de un servidor mercenario, introducense en ella y le sorprenden algunos parientes de Fulberto: primero le escarnecen y le insultan violentos; luego su vengativa saña ejecuta en la persona de Abelardo el mas feroz, el mas degradante de los castigos... « ¡La humillacion, dice la víctima, me era infinitamente mas dolorosa que la herida! Representábaseme el esplendor con que la vispera brillaba, para hacerme mas insoportable la súbita imprevista catástrofe que todo venia á destruirlo. ¿Por qué justo decreto de la Providencia, caia sobre mí aquel igno-